



Homilía en la Santa Misa de Ordenación de diácono del seminarista José Antonio García Izquierdo

S. I. Concatedral de San Pedro Apóstol (Soria) – 26 de julio de 2020

Queridos sacerdotes concelebrantes; queridos padres, hermano y familiares de Jose; queridos religiosos y religiosas, miembros de vida consagrada; seminaristas de nuestra Diócesis y de las Diócesis de Burgos y Calahorra y La Calzada-Logroño; queridos hermanos todos y, de forma muy especial hoy, querido Jose:

Desde el anuncio de la fecha de tu Ordenación como diácono para el día 22 de marzo han transcurrido muchas vicisitudes. La más grave, que ha trastocado la vida y los planes no sólo de un país sino del mundo entero, ha sido la pandemia que ha cercenado la vida de muchas personas, sobre todo de los mayores; además ha cambiado la forma de convivir, la economía e, incluso, la vida eclesial que se ha visto frenada, aunque no paralizada, en su dimensión evangelizadora, celebrativa y pastoral.

Pero hoy es motivo de gozo para mí y para toda la comunidad cristiana de Osma-Soria recibir a este hermano nuestro que será ordenado diácono al servicio de Dios y de la comunidad. A pesar de todas las dificultades de esta pandemia, después de un largo tiempo de estudio y discernimiento personal y eclesial, has llegado a este momento en el que dices “sí” al Señor desde el sacramento del Orden.

En la Introducción General del Ritual para la Ordenación de diáconos se señala expresamente cómo el diácono, mediante la Ordenación, queda incorporado a la Diócesis, por la aceptación del celibato se consagra a Cristo de un modo nuevo y se le encomienda la celebración de la Liturgia de las Horas por todo el Pueblo de Dios, por toda la humanidad. Además, prometerás respeto y obediencia a tu Obispo y a sus sucesores.

Hoy el Señor Jesús te pide un “sí” sin ninguna reserva, entregando el corazón entero, con absoluta disponibilidad a la Iglesia representada por su Obispo. Cuando uno vive la vocación al ministerio ordenado (en el grado que sea de diaconado, presbiterado o episcopado) como servicio y entrega, entonces el celibato, la oración y la obediencia encuentran su sentido más profundo y evangélico. El Evangelio nos pide un seguimiento radical de Cristo, sin concesiones al dinero, al poder, al confort de vida, a las razones muy bien razonadas pero que nos alejan del Reino de Dios que es nuestro tesoro escondido en el campo, la perla fina de gran valor... (cfr. Mt 13, 44-52). De lo contrario, el celibato, la Liturgia de las Horas y la obediencia se convierten en cargas pesadas que hacen de nuestra vida un gran sufrimiento o bien las vivimos de tal forma que nuestra vida se acomoda a este mundo, lo que el Papa Francisco ha llamado la mundanidad espiritual.

Si te entregas a Dios y a la Iglesia con toda tu alma y con todas tus fuerzas serás plenamente feliz. El Señor dejó que Salomón le pidiese lo que quisiera y, contra toda lógica humana, Salomón no pidió nada para provecho personal sino el don de la sabiduría para discernir la voluntad de Dios. Sólo desde el cumplimiento de la voluntad de Dios en cada uno de nosotros podemos vivir alegremente nuestro ministerio. Para ello te recomiendo las palabras que pronunciaré al hacerte entrega del Evangelionario: *“Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; conviértete en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”*.

El Magisterio de la Iglesia define así al ministerio diaconal: Los diáconos reciben la imposición de las manos no en orden al sacerdocio sino para realizar un servicio. Predicarás la Palabra de Dios -no tus opiniones personales-, distribuirás la Eucaristía con dignidad, atención y devoción, y, de manera muy singular, servirás a los demás, con dedicación total a todos -sobre todo a los desheredados de la tierra- en este Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cfr. LG 29).

Querido Jose: te hago una recomendación más para este momento en el que vas a ser ordenado diácono de esta maravillosa familia que es la Iglesia que peregrina en Osma-Soria. Una recomendación que he tomado de San Pablo en su carta a los fieles de Éfeso: *“Vive una vida digna de la vocación a la que has sido llamado, con toda humildad y servidumbre, con generosidad y entrega”* (Ef 4,1-2). De hoy en adelante el servicio adquirirá en ti una forma muy peculiar. En el servicio que asumes en esta Ordenación está tu identidad como diácono que ya te acompañará para siempre en tu próxima vida sacerdotal. Se te confía, de modo particular, el servicio de la caridad, como a los primeros diáconos. Estate atento a las necesidades de los hermanos, especialmente de los que más sufren, de los pobres, de los enfermos actuando como el Señor que se hizo servidor de todos: *“Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”* (Lc 22, 27). Celebra todos los días la Eucaristía, fuente y motor de la vida de la Iglesia, sobre todo en lo que hace referencia a la diaconía. Todo el misterio del amor de Dios está concentrado en el misterio de la Eucaristía, Sacrificio de Jesús para la salvación de la humanidad. La Eucaristía hace resonar en la Iglesia la invitación a cumplir lo que Jesús vivió en primera persona, la entrega total de sí mismo para la salvación de todos.

Necesitamos jóvenes que se comprometan en su vida como sacerdotes. Es una aventura que merece la pena vivir. Tu experiencia vocacional y la de todos los sacerdotes es haber respondido a la llamada del Señor. Insistamos en la pastoral vocacional que no está reservada solo a los presbíteros sino que es propia de todo el Pueblo de Dios: sacerdotes, familias, catequistas, maestros de Religión Católica... Oremos con insistencia al Señor para que nos mande sacerdotes santos que entreguen su vida por el Reino de Dios. Sin los sacerdotes no hay Eucaristía y sin Eucaristía no hay Iglesia. Nuestra Iglesia diocesana está necesitada de jóvenes como tú, dispuestos a dejarlo todo, para ser guías y pastores de las comunidades cristianas al estilo de Jesús Buen Pastor.

Quiero terminar con unas hermosas palabras que pronunció el Maestro, el Amigo por excelencia, la víspera de su Pasión, en una tertulia admirable que mantuvo con sus discípulos en el contexto de la Última Cena: *“Ya no os llamo siervos, os llamo amigos”* (Jn 15, 15). Esto mismo te digo a ti en el nombre del Señor. Añadiendo un comentario que el mismo Jesús puso en el momento de llamar amigos a sus discípulos: *“Vosotros*

sois mis amigos si hacéis lo que os mando” (Jn 15, 14). Con la ayuda de la oración y con la ayuda de toda la comunidad diocesana serás digno de esa amistad con Jesús, cumpliendo la promesa del Señor: “Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16).

Todos necesitamos de la ayuda de Dios, necesitamos de su Palabra, de su presencia, de su perdón y de su gracia, de su cercanía. Él no se olvidará jamás de los que le sirven. ¡Que Dios te bendiga, Jose! Si acudes a la Virgen, Ella te protegerá, te llevará siempre a Jesús y hará seguro tu camino.

**✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria**